

caridad lo ha salvado, y hará de él un hombre de provecho.

Y D. Manuel, para demostrarme la suficiencia de su discípulo, le llamó, y comenzó a hacerle preguntas de Geografía, de Historia, de Aritmética...

Yo recordé la escena aquella de su coloquio con el golfillo betunero, cuando sus ojos brillaban de entusiasmo al imaginar que podía seguir las huellas de... *Bombita*.

LUIS LEÓN.

Del Concurso Infantil

Aún no recogieron sus premios los niños Juan Cubí, de P. de Mallorca, núm. 106, y Julita García, de Trevias, núm. 147.

Pueden remitir 0,30 de pta. para el certificado y se les enviará el premio a vuelta de correo.

RELIGIÓN

La misma razón natural prueba la necesidad de la Religión.

Una mujer mundana que sabía muy poco, como tantas otras, lo que es la Religión, y que hacía de ella muy poco caso, considerándola como una cosa variable y convencional, se quejaba amargamente de su hija delante de un misionero.

—Pero, señora—le dijo el misionero—; ¿existen acaso relaciones entre una madre y una hija, de modo que ésta tenga obligación de respetar y obedecer a su madre?

—Pues qué, padre; ¿no soy yo su madre? Cualquiera que sea su edad, ¿no es mi hija? ¿No procede de mí todo cuanto tiene? ¿No está obligada a respetarme y amarme siempre?

—Y esas relaciones de superioridad por vuestra parte y de dependencias por parte de vuestra hija, ¿no son quizá, señora, cosas convencionales y que pueden cambiar?

—¡Cambiar! Hacer, pues, de modo, padre, que yo no sea su madre ni ella mi hija: los derechos de una madre son inmutables, porque están basados sobre su cualidad de tal.

—Es decir, que estáis convencida, señora, de que existen relaciones necesarias entre vos y vuestra hija; que tenéis derecho de mandarla y ella está obligada a obedeceros, respetaros y amaros; que si ella falta a este deber es culpable, y que no se trata en esto de una cosa convencional, sino inmutable, sagrada y fundada en vuestro título de madre y en su calidad de hija?

—¡Vaya si lo creo!

—Pues bien, señora; trocad los nombres; poned en vuestro lugar a Dios, y en lugar de vuestra hija colocáos vos misma, y tendréis la Religión.

EN LA SACRISTÍA

—Vamos a ver, Agustín, ¿cuánto tiempo eres monago?

—Yo diré a usted, señor Cura, entré en plaza el mismo año que en Jueves Santo cayeron la Cruz y Domingo Ramos.

—Te estás burlando de mí, o ¿estás tonto o mentecato?

—No ves que eso es imposible? ¿Si será listo el muchacho!

—¡Cómo que no, señor Cura! yo mismo presencié el caso:

Para conducir la cruz se invitó a un pobre aldeano,

hombre de escasa estatura llamado Domingo Ramos;

el traje talar le estaba excesivamente largo,

por lo que, en la procesión, al dar unos cuantos pasos se pisó la faldamenta,

y cayó el hombre rodando, y allá que te va la Cruz

y el crucero improvisado. Dígame ahora, señor Cura

si es posible, o si soy fatuo, o si Ramos y la Cruz

pueden «caer» en Jueves Santo.

ANTONIO PICHILLO.

Del pícaro mundo

I

—Quieres decirme por qué en el Municipio, y en el periódico y en los mitines y en cualquier sitio donde veas público que pueda oírte, te significas como anticlerical furibundo, siendo así que en tu casa a tu mujer y a tus hijas las dejas muy en paz con sus prácticas religiosas?

—Soy partidario de la libertad...

—No es cierto cuando de tal modo atacas y hasta insultas a los que no practican conforme a tus ideales. Una de dos; o el clericalismo es malo o es bueno. Si es malo y daña cuanto toca como llegaste a decir ¿por qué dejas a tu mujer y a tus hijas a él entregadas en el supuesto que como seres de tu mayor cariño en la tierra debes apartarlas de cuanto las perjudique?

—No perjudican a nadie con sus prácticas; no veo en ello mal que me afecte.

—Entonces es bueno y si es bueno ¿por qué le combates?

—En la vida pública...

—Déjate de salidas de tono; tú combates al clericalismo porque el clericalismo o sea la Religión reprocha la vida *poco arreglada* que llevas, ni más ni menos.

II

—Ese antes era un buen católico; ahora es todo lo contrario. ¿Razones poderosísimas? Una pasión culpable; un deseo inmoderado de riquezas... de figurar...; un exceso de amor propio; no otras son las *poderosísimas* causas del cambio. Es la historia de casi todos nuestros enemigos.

III

—¡Estoy asombrado! Mire V. por dónde va Luisillo tan demacrado que parece un tísico.

—Es lector asiduo de «La hoja de parra».

—¡Ah!... ya comprendo.

IV

—¡De cuántas iniquidades es capaz un hombre sin religión!

Si es cacique o aspira a serlo, no le importa ir contra la voluntad de todo un pueblo aunque la lucha degenera en sangrienta, aunque el crimen impere, aunque giman los honrados y canten los infames.

Si es empleado, *hará cuanto pueda hacer* porque no le falte dinero con que sostener sus vicios.

Si es padre de familia, cuidará más de atender la casa de una *amiga* que la de su mujer e hijos, dejando a estos pasar necesidades para que la *otra* tenga harturas.

Si es gobernante, lo que menos le preocupará será el cumplir sus deberes de tal, poniendo muy por encima, ambiciones personales, amistades poco dignas, deseos de lucro, aumentos del mal social con perjuicio del bien, etcétera, etcétera.

Precisamente por todo esto se combate tanto a la Religión, porque en este mundo hay mucho pícaro.

J.

Costumbres modernas

—«La señora no está en casa...» «Ha salido la señora.»

—He aquí, lector; la respuesta que ahora dan multitud de veces al día, las criadas de ciertas familias de nuestra buena sociedad, a las personas que las preguntan por sus amos.

¿Cómo han cambiado las costumbres!.. Antiguamente siempre *estaba en casa* la señora; hoy la señora, ordinariamente, *no está en casa*.

Sin duda que, en algunas ocasiones, esta frase no es verdadera; pero en la mayoría de los casos es muy exacta. La señora no está realmente en casa; es decir, en *su casa*. Y me preguntarás tú, lector.

—¿Y por qué no está en su casa la señora?

—Pues porque en su casa la señora se aburre... se hastía... no sabe qué hacer.

—Pero, ¿no tiene familia?.. ¿Y los niños pequeños?

—Para ellos está la nodriza.

—¿Y los niños mayores que ya estudian?

—Para ellos están el Colegio o los profesores particulares.

—¿Y las criadas y demás servidumbre?

—Es de toda su confianza, y no hay necesidad de andar tras ellos?

—¿Y el esposo?

—¿El esposo? ¡Qué ocurrencia! Esté en donde quiera... A ella ¿qué le importa? No tiene que ver con él; porque hoy la mujer ha recabado sus derechos, y es independiente; no esclava.

—¿Dónde está, pues; donde está la señora en nuestros días y en nuestras grandes ciudades, si no está en su casa, en medio de sus hijos y al cuidado de su hacienda, vigilando a los criados, atendiendo a su marido, que vuelve de la oficina, tal vez molesto y fatigado de sus negocios?

—Está en todas partes, menos donde debería estar, y se ocupa en muchas cosas (cuando no pierde el tiempo completamente), menos en las suyas propias y en sus deberes.

Sigue sino sus pasos, querido lector... En el teatro y en el cine es infalible... y allí solamente es donde se la puede ver con sus hijos. En todas las tertulias se oye su voz, hablando de modas y de historias ajenas. En todos los paseos se descubre su silueta, atrayendo miradas y sonrisas. Hasta en los cafés es muy frecuente hallarla con su marido sentada a una mesa, y tomando una copa como cualquier hombre. Y eso sí; para cuando le sobre tiempo y no haya teatro, ni paseo, ni tertulia, ni novedades que ver o comprar en los comercios y tiendas, se alista en alguna sociedad benéfica, o se inscribe en alguna hermandad o cofradía, y en el periódico toma acta, aunque sólo sea para hablar de ello, de las peregrinaciones, de las romerías y de las fiestas religiosas, en que se pueden lucir trajes o divertirse un poco; de manera que no ejercita la caridad, ni practica la piedad por deber y por religión, sino por sólo vanidad y puro pasatiempo; y así ocurre que cuando la reclaman las exigencias sociales y los centros mundanos, se olvida hasta de oír Misa los domingos y días festivos, porque... ¡cómo ha de ir, si no tiene tiempo!

Los predicadores y los escritores moralistas claman sin cesar contra estas costumbres y este género de vida, que trastorna el orden de las cosas, y compromete la dignidad de la mujer, la educación de los hijos, la fidelidad de los criados, las armonías conyugales y, en una palabra, el honor, la dicha y la prosperidad de las familias; pero ¡bahl!... ¿Quién hace hoy caso de los predicadores y moralistas? Nuestra cultura y nuestra ilustración lo suplen todo; y con leer *Blanco y Negro* o cualquiera otra revista por el estilo, con grabados emocionantes y retratos llamativos por la desnudez y plasticidad artísticas de las figuras que representan, ya aprenden moralidad bastante...

¿Es cierto lo que digo, querido lector?.. ¿Corresponde ello fielmente a la verdad?..

—Si y no—me contestas con razón, porque efectivamente no es ello verdad respecto de muchas señoras, que están en su casa, siempre y cuando deben estar, sin salir de ella más que por necesidad, y con licencia de sus maridos, como dice la Iglesia a los casados al contraer el matrimonio; pero es muy verdadero, muy verdadero por desgracia, respecto de otras muchas que están... en nuestro pensamiento ahora mismo...

¡Oh, si las señoras estuviesen más en su casa!..

¡Si atendiesen más al cumplimiento de sus deberes, y a la educación de sus hijos!

¡Si fuesen más recogidas y tuviesen más recogidas a sus hijas, en vez de exhibirlas todos los días en reuniones y paseos a medio vestir, como van con los nuevos trajes de moda y con ese lujo que las extravía y las pierdel..

¡Si vigilasen más a sus criadas y no las dejaran tan a su libertad, especialmente los días festivos y durante las primeras horas de la noche, mientras las pasan ellas en sus devaneos!..

No habría entonces que lamentar tantos escándalos y desórdenes en los pueblos y en las familias.

Habría en ellas más virtudes, más paz, más felicidad y bienestar, y menos deshonras, menos lágrimas y menos desgracias!..

X.

Colecciones de EL AMIGO DEL POBRE, todos los años publicados. A 2 ptas. las de los dos primeros años; a 3 ptas. los sucesivos.

Los diez años juntos 20 ptas. El importe, al hacer el pedido.

El ayuno

La medicina también clama muy alto en favor de los preceptos católicos respecto a este punto.

«El hombre come más de lo que debiera comer habitualmente, sobre todo en los Estados civilizados, donde la cocina aguija el apetito... El ayuno hace al cuerpo más permeable. Por la sustracción de alimentos, la plétora disminuye y el curso de la sangre es más libre... Es claro que el movimiento vital, moderado y regulado por la abstinencia de alimentos debe alargar la vida. No debe extrañarnos por lo tanto, la longevidad de los anacoretas.» («Dict. des sciences médicales.»)

Entre las causas probables de longevidad extraordinaria, la principal es el ayuno. Los viejos, que con serlo, son jóvenes bajo sus cabellos blancos, son proporcionalmente más numerosos en el Carmelo, la Chartreux o en la Trapa, que en el mundo.

El P. Debreyne, Trapense y doctor en Medicina, asegura que, durante un período de veintisiete años no ha encontrado entre los Religiosos de su Orden, donde la vida es tan austera, ni un sólo caso de apoplejía, aneurisma, hidropesía, gota, mal de piedra, ni cáncer. El cólera jamás ha entrado en ninguna casa de la Orden, mientras que hacía estragos en los alrededores. Es sabido por el pueblo que las epidemias se paran en el umbral de la Abadía.

Que algunos cristianos escuchen con respeto y reconocimiento las exhortaciones de la Iglesia y exciten a otros a penitencia. Que escuchen y se sometan; que no pidan dispensas reprobadas tanto por la medicina como por la fe, y de este modo cuidarán de su cuerpo, de su alma y de la sociedad.

El nitrato de plata contra la tisis

Mr. H. J. Maya ha publicado un interesante artículo sobre el empleo de las inyecciones de nitrato de plata en el cuello para combatir la tuberculosis.

Del resultado en 55 casos, después de detenido análisis, resulta:

1.º Que la calda de tos se calma desde la primera inyección. La explica Maya por el efecto local de la substancia inyectada sobre las fibras nerviosas de la región cervical, que se entonan y disminuyen su susceptibilidad al modo que lo hacen, disminuyendo la tos, la estrictina, un sinapismo en el cuello, un cáustico o una inyección de agua destilada en las regiones subclaviculares (Landouzy)

2.º Que los vómitos, acto reflejo de análogo origen que la tos, disminuyen o cesan.

3.º Que los sudores nocturnos mejoran de un modo notable, disminuyendo paulatinamente hasta desaparecer.

4.º Que por estos hechos las fuerzas generales y el peso aumentan mejorando todo el proceso.

El autor invita a los médicos de todos los países a realizar experiencias, que no duda confirmarán sus resultados de cuatro años, y recomienda la siguiente técnica.

Bajo la piel situada entre el ángulo de la mandíbula y la clavícula, sobre o detrás de la carótida, inyéctense cinco gotas de una solución de cocaína al 2 y medio por 100; retírese la jeringuilla dejando la aguja, y después de lavar aquélla, inyéctense otras cinco gotas de una solución de nitrato de plata al 2 y medio por 100. Si puede conseguirse nitrato de cocaína, es útil mezclar las dos soluciones e inyectar diez gotas de una vez, prefiriendo siempre el lado afectado.

La fuerza de la lógica

El primogénito de los señores marqueses de Mangancha se hallaba enfermo.

Fué una tempestuosa tarde del mes de Marzo cuando me dirigí a su elegante morada para visitarle, en ocasión que se hallaba en ella el señor marqués, con quien siempre mantuve amistad sincera.

Un fuerte apretón de manos y un cariñoso golpecito en el hombro fueron nuestros primeros saludos.

Juntos entramos en la alcoba del niño, de cuyo lecho no se separaba ni un momento su cariñosa madre.

Sepultado el enfermito entre finísimas sábanas y costosos encajes, dejaba ver su carita pálida cual blanca azucena. Después de contemplarle breves momentos y de interesarme por su pronto restablecimiento, salimos de la estancia, dirigiéndonos al despacho.

Hacia bastante tiempo que no hablábamos de nuestras cosas y aprovechamos aquella ocasión que se nos presentaba para echar una parrafada.

El señor marqués era muy aficionado a discusiones, lo mismo políticas que religiosas, y como yo era del mismo gusto, no tardamos en introducirnos, de conversación en conversación, por los intrincados laberintos de la polémica.

En aquel entonces todo el mundo hacía apasionados comentarios de las conferencias que en la Iglesia de San Ginés, de la Corte, daba un religioso que se distinguía por su valentía en los ataques contra las causas del relajamiento moral de la sociedad. Teniendo ancho campo para ello, me esforcé en hacer un elogio, según mi pobre discurrir, de tan notables conferencias; pero con harta sorpresa noté que mi interlocutor no participaba de mi legítimo entusiasmo.

Había cierta frialdad en sus asentimientos, cosa que me extrañó muchísimo, dadas las arraigadas convicciones religiosas del señor marqués, y mi asombro subió de punto cuando él exclamó:

—¡Es lástima que predicadores tan notables se metan en cosas impropias del púlpito!

—¿Impropias?—le contesté—. A ver, a ver, explíquese.

—Es muy sencillo—me contestó—. Yo creo que la misión del orador sagrado es exponer la doctrina de Jesucristo tal y como Él la enseñaba por el mundo; debe explicar

el Evangelio y difundir las enseñanzas de la Religión, inculcando con ellas el amor a Dios y a sus Santos; esa es la verdadera misión del sacerdote; todo lo demás me parece imprudente.

—¿Y cuál es lo demás?—le interrogué admirado.

—Pues... el que se metan en política—dijo, y dió un puñetazo sobre la mesa, haciendo vacilar en su peana a una primorosa imagen de la Virgen de Lourdes que sobre ella había.

—¿Le parece a usted bien—continuó con exaltación—que se metan en si yo pertenezco a este o al otro partido y que censuren si leo tal o cual periódico? ¡Eso es indigno! Yo creo que el progreso no está reñido con la religión, y es triste gracia que ataquen a la Prensa, verdadero paladín del adelanto moderno, con lo cual no consiguen otra cosa que ponerse en ridículo.

Confieso francamente que me quedé aplazado al escuchar tal cúmulo de disparates, dichos, seguramente, sin reflexión; y ya me preparaba a contestarle, cuando sonó el timbre anunciando la visita del médico.

Sentí sobremanera tal interrupción, y con harta pesar mío nos trasladamos a la alcoba del enfermo.

Allí se hallaba el doctor examinando al paciente minuciosamente, y cuando terminó se dirigió a los señores marqueses y les dijo:

—Este niño está muy anémico, sus pulmoncitos se hallan bastante débiles y está expuesto a una tisis. Creo conveniente que le saquen de esta población y le lleven al campo a respirar aires saludables. En estas grandes capitales vivimos hacinados unos sobre otros y el aire puro y oxigenado no se aspira por ningún sitio. Además, su alimentación debe de ser sana y nutritiva, tal como leche, huevos y aves; nada de excitantes, mucho ejercicio al aire libre y es casi seguro que lograremos conjurar el peligro que le amenaza.

Grande impresión hizo a ambos esposos los pronósticos del médico y determinaron poner en práctica lo más pronto posible lo sremedio para la curación de su adorado hijo.

Después que el doctor se retiró, volvimos al despacho. Me alegré porque se me presentaba la ocasión de ejecutar un plan que la visita del médico me había sugerido.

Así que reanudamos nuestra conversación le dije:

—¡Señor marqués, no estoy conforme con su médico; creo que se mete en lo que no es propio de él, y eso es una imprudencia! ¿No le parece a usted lo mismo? Opino yo que la misión suya es diagnosticar la enfermedad y procurar que el enfermo adquiera la salud perdida. Mas lo que no me parece bien es que se ponga a censurar la vida de la población y la respiración de aires malsanos. Eso es intolerable, como también lo es el que indique los alimentos que debe de tomar su hijo. Me figuro que la medicina no está reñida con los progresos del arte culinario, y por lo tanto, juzgo ridícula la prohibición de excitantes y de manjares que son paladines del buen gusto moderno.

Callé esperando contestación, pero no la obtuve. Comprendí que el señor marqués había entendido mi indirecta y sentí dentro de mi pecho una gran satisfacción.

Desde entonces no le he vuelto a oír censurar a los predicadores que, cual el célebre religioso, atacan con valentía a los verdaderos causantes de nuestra perversión moral y religiosa.

Como este marqués de mi historia, hay muchos que se escandalizan de que los oradores sagrados hablen de política y prohiban a sus oyentes la lectura de periódicos impíos, verdaderos excitantes que llegan a matar la salud del alma, que vale infinitamente más que la del cuerpo. Y si un médico, cuerda mente, prohíbe al enfermo cierta clase de alimentos que ponen en peligro su vida corporal y a todos nos parece admirablemente, ¿por qué ha de censurarse que los médicos del alma indiquen el peligro que hay de perder nuestra salud espiritual profesando las doctrinas que defienden ciertos partidos políticos y alimentándonos con los venenosos manjares que nos brindan tanto periódico infame?

C. SALVADOR.

El color del cielo y el tiempo

El color del cielo indica de un modo bastante exacto el tiempo que va a hacer durante las veinticuatro horas siguientes. Así, una puesta de sol color de rosa, presagia buen tiempo, y mal tiempo si es demasiado rojo. El cielo amarillo por la tarde es señal de viento; si el amarillo es muy pálido, indica lluvia. Cuando el cielo está por la mañana de un color de tinta neutra (entre gris y lila), puede tenerse por seguro que va a hacer buen tiempo.

Durante el verano, cualquier matiz oscuro es general indicio de lluvia o viento.

Correspondencia administrativa

Sr. C. P.—Elizondo.—Pagó 1915.

Sr. D. J. S. P.—Bustantigo.—Pagó a fin 1915.

Sr. D. O. H.—Riello.—Pagó a fin Marzo 1917.

Sr. D. M. G.—Uncastillo.—Id. fin 1915.

Sr. D. A. F. A.—Selorio.—Id. 1916.

Sr. D. S. G.—Obregón.—Id fin Febrero 1916.

Sr. D. J. C.—P. de Suárez.—Id fin Marzo 1917.

Sta. D.^a M. G. L.—Gijón.—Pagó 1916.

Sra. D.^a F. A.—Bimenes.—Las 6 ptas. últimas de V. pasaron al pago del Sr. C. P. de Suárez, como nos lo indicó. Debe V. ahora desde 1.^o Octubre 1915.—Se le remitirán en lo sucesivo 20 números.

Sr. C. P.—Caldones.—Pagó fin Junio 1916.

Sr. C. P.—Santullano.—Id. 1916.

De un señor sacerdote recibimos una peseta para ayuda de gastos extraordinarios. Dios se lo premie.

Imp. de Lino V. Sangenís.—Gijón

PAÑOS Y NOVEDADES LA SIRENA

Corrida, 86 y 93

GIJON

RECOGE V. SELLOS

Mandando sellos usados ordinarios procurará usted gran gloria a Dios. Ayudará a librar a los jóvenes de las malas lecturas y propagará las buenas entre los niños necesitados. Pida informes y detalles de este hermoso apostolado. Para ello basta que mande su tarjeta o sus señas en sobre abierto con sello de ¼ de cént. a Sr. Director de "La Rotativa"—Apart. 213.—Barcelona



IMAGENES Y ALTARES

Para adquirirlos recomendamos los laureados y acreditados talleres de

JOSE TENA

BAJADA PUENTE DEL MAR, 1
VALENCIA

No dejar de consultar esta casa.

BANCO DE CASTILLA SOCIEDAD ANONIMA FUNDADA EN 1857

Infantas, 31. MADRID

Agencia de Gijón: Calle de los Moros

Cuentas corrientes, Giros, Cobros, Comisiones, Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros, Cartas de crédito, Descuentos, Préstamos, Cuentas corrientes con garantía de valores, Depósitos, etc.

CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde UNA peseta en adelante al 3 por 100 de interés anual.

Acebal, Rato y Comp.^a

FUNDICIÓN DE HIERRO

Barrio del Tejedor.—GIJÓN

Cocinas cerradas desmontables, todas de hierro fundido y por lo tanto de gran duración; no necesitan material de albañilería; pieza inutilizada se sustituye por otra, evita este sistema las cucarachas o correderas, y su montaje se hace en quince minutos. Se fabrican para leña, carbón y cok o solo para la combustión de carbón y cok.

Patentada con el núm. 50.316

Se fabrican también de todos los demás sistemas y se elabora cuanto se relaciona con el ramo de fundición de hierro, como placas, lucernas, bajadas de aguas, tubería, parrillas, etc.

:: MAURO ENTRIALGO ::

Agente de Negocios, matriculado

Gestión y despacho de toda clase de asuntos en las Oficinas públicas de toda España. Administración y compra-venta de fincas. Préstamos hipotecarios. Seriedad, actividad y reserva absoluta.

Despacho: San Bernardo, 96.—GIJON

FABRICA DE ORNAMENTOS Y ARTICULOS DE IGLESIA

de JOSE SALA BRUNET

calle de la Canuda, núm. 9—BARCELONA

Casullas y ternos completos, de damasco y tapicería, desde lo más sencillo a lo más rico que se pida, tanto en tejidos como bordados.

Se bordan estandartes, banderas y túnicas para imágenes, en oro y sedas, a precios módicos y tan buenos como se deseen.

FUNERARIA DE

Hijos de Feliciano Rodríguez

FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40.—GIJÓN—Teléfono 108

SERVICIO PERMANENTE

—: Prontitud, esmero y economía :—